

Murcia

Carmen Escolar Sánchez, 86 años

Carmen González Fernández, 19 años

SON TIEMPOS DE GUERRA

“Son tiempos difíciles”- dijo mi padre mientras terminábamos de recoger la cocina. Sus palabras resuenan en mis oídos incluso a día de hoy.

Era ya tarde, de madrugada, cuando un fuerte golpe rompió el silencio de la noche. La frígida oscuridad quedó alterada por una luz proveniente de la habitación de mis padres.

El alboroto creció con los incesantes golpes que, cada vez más, retumbaron en toda la casa. La puerta chirrió al ser abierta por mi padre, dejando ver tras ella, al alcalde del pueblo, junto con cinco hombres más, pertenecientes al grupo extremista de la FAE.

Todo transcurrió en apenas unos segundos, no le dió tiempo a reaccionar.

“Dí la verdad”, dijo el alcalde amenazante seguido por unos hombres del pueblo que ejercían de muro de contención tras él. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, aún así, permanecí en el hueco de la escalera entre la penumbra.

¡Habla!, añadió el alcalde elevando su tono de voz. Mi padre, en paños menores era sujetado por dos de los hombre, ambos del pueblo, cuyas caras me resultaban familiares.

De pronto, y sin motivo alguno, el alcalde comenzó a atentarle diversos golpes a mi padre en la cara y el pecho, con un arma que se había sacado del pantalón.

Mi madre lloraba desconsolada suplicando la liberación de mi padre mientras el alcalde seguía golpeándolo. Uno de los hombres se acercó a mi madre, sujetándola por sus delgados brazos.

El rostro de mi padre desaparecía poco a poco, perdiéndose entre los golpes. Un fino goteo constante de sangre se deslizaba por su ceja, ahora partida, al igual que el resto de su cara. Los otros dos hombres comenzaron a destrozar nuestra tienda, tirándolo todo por el suelo y rompiendo lo poco que teníamos de valor.

“Llevaos lo que queráis pero no le peguéis más”, decía mi madre.

El revuelo había llegado a la calle. Las luces de la casa de enfrente se habían encendido.

Mi madre sumergida en una profunda angustia gritaba sin cesar: “¡Ya basta Alfonso que me lo vas a matar!”. Mis tres hermanos, todos menores que yo, se levantaron también. No sabía que hacer. No podía reaccionar. Todo mi cuerpo estaba paralizado. Uno de mis hermanos se acercó a mí y yo lo abracé con fuerza. Mi hermano temblaba y sus temblores se transmitían a mi piel como si de agujas se tratara.

“¡Ya está bien, ¿no ves que tiene tres criaturas?”, dijo uno de los hombres. Y entonces, solo entonces, pude ver un ápice de luz entre tanta tiniebla.

El alcalde se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa, salpicada de sangre y con un solo gesto, los dos hombres que sujetaban a mi padre, lo dejaron caer al suelo. Mi madre se acercó a él.

Sin corazón, sin alma, el alcalde dejó a mi padre tirado en el suelo mientras él y sus acompañantes terminaban de destrozar nuestra pequeña tienda de ultramarinos.

Nunca olvidaré sus caras.

Mi padre permanecía tendido en un charco de sangre. Una fina hilera de sangre caía por su boca amaratada. Era un hombre de gran estatura pero aún así, acostado en el suelo todo ensangrentado y tembloroso parecía mucho más pequeño. Mi madre lloraba mientras lo abrazaba enredada entre un manto de lágrimas y miedo. Se marcharon pero no dejaron nada aquella noche. Solo este horrible recuerdo. Destrozaron nuestra tienda, a mi padre, a mí.



Mi madre y yo llevamos a mi padre a la habitación. Esa semana permaneció acostado, tomando un color cada vez más pajizo.

Llamamos al médico al darnos cuenta de que estaba ausente, perdido. Y el doctor nos dio la mala noticia. Lo que ya debimos asumir desde aquella noche; “no se puede hacer nada -nos dijo- si le hago una sangría ahora, solo voy a conseguir que se vaya antes. Lo siento”.

Unos días más tarde mi padre murió.

No era culpable de nada. No pertenecía a ningún grupo político, ni participaba en ninguna revuelta callejera. No había motivo. No había explicación. Era la guerra.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Si Cristo se me apareciera y me dijera: “te devuelvo a tus 15 años para que puedas vivir de nuevo tu vida”. Yo, le respondería: ¿Esto es lo que quieres para mí?, pues mátame ya y no me hagas sufrir.

No, no volvería a vivir la misma vida si me dieran a elegir. Mi hija es lo único que ha merecido la pena de mi larga vida. He dedicado todo mi tiempo a quererla, cuidarla y su esencia en sí, es lo que aún, a día de hoy, me mantiene viva. No concibo el perderla .

Mi pasado es el sufrimiento, mi hija es mi presente y mis nietos mi futuro.

Dicen que la vida es corta, pero a mis 86 años considero que he vivido más cosas de las que hubiera deseado vivir, por desgracia para mí. Solo pido salud para mi familia porque no soportaría perder a nadie más.

Supongo que solo rescataría de mis recuerdos mis escasos años en la escuela, los cuales forman parte de un ápice de luz, entre la oscura densidad de mi memoria. Aquellos años en los que doña María me puso mi nombre actual, Carmita y en los que tuve la oportuna casualidad de conocer al mismísimo rey de España. Aquellos tiempos en los que era feliz. Mucho antes de que la guerra acabara conmigo y con el espíritu de mucha más gente, que vive en una neblina de tenebrosos recuerdos y tristes penurias. En unos tiempos donde la gente se permitía ser libre. En aquellos tiempos...